EL ULTIMO SUSPIRO.

Teresa, que hasta entonces había estado retraída y sin querer salir á ninguna parte, manifestó deseos de ir á la ópera. Felipe, que sabía que Job aún no podía salir de noche, no tuvo inconveniente en acceder. Se cantaba el "Otelo." Tamberlik había estado sublime en el dúo del segundo acto. Su famoso dó sostenido, había formado misterioso unísono con un grito de celos en el corazón de Teresa. En el tercer acto, llegaron á saludarla Madisson y el crítico. Al ver á Madisson, sintió odio espantoso, que tuvo que cubrir con una sonrisa hipócrita. Le odiaba porque había herido á Job; y en ese momento, le odiaba también porque no le había matado.

Llegó la tremenda escena en que Otelo mata á Desdémona, rayo que brotó

de esa inmensa tempestad que se llama Shakespeare.

—Bien hacen los celosos con matar, dijo con voz lúgubre Teresa.

—¡El buen Shakespeare escribía unos disparates! dijo el critiquillo. ¿Para qué es eso de apagar la luz?

—Para que no vean los tontos, contestó Madisson con su flema británica.

Felipe había sorprendido el pensamiento de Teresa, y maduró su plan.

A pocas noches, á pesar de que ésta no quería salir, la llevó á ver la "Medea," representada por la Ristori.

—¿Por qué Medea no mata á Jason? dijo Teresa al concluir la tragedia.

El gran Felipe estaba ya seguro del éxito de su plan. Era urgente realizarlo. Job comenzaba á salir de noche, y estaba fijada su partida para la semana siguiente.

Dos días después estaba instalado como conserje en la casita de Job. Nadie le hubiera conocido, rasurado el rostro, doblada la espalda, y fingiendo una cojera lastimosa.

En la tarde recibió Teresa un anónimo en que se le invitaba á cerciorarse de la infidelidad de Palákis; le mandaban la llave de la puerta falsa del jardín, y se le señalaba como lugar propicio para

observar, un cenador junto á la fuente; y como hora, las nueve de la noche.

Dos días antes, Felipe le dijo que tenía que hacer un pequeño viaje para cobrar un dinero. Estaba sola, nadie la podía ver, ninguno lo sabría.

Triunfó la tentación, y más que la tentación, los celos fueron los triunfadores.

A las ocho salió de su casa, á pie, y cubierto el rostro con un velo. No se atrevió á tomar un coche; no quería que la observase nadie. Con rapidez, que en ella se hubiera juzgado increíble, atravesó el arrabal de San Antonio y la larguísima calle de Rivoli. A las ocho y media, estaba en la plaza de la Concordia; se oía su respiración jadeante; su pensamiento estaba como aletargado; su mirada se asustó de encontrarse con el obelisco, que le pareció informe fantasma.

Tomó aliento, y continuó por los Campos Elíseos: en el fondo se destacaba una sombra colosal, era el arco de la Estrella. Parecíale á Teresa su hueco, como boca de infierno.

Llegó por fin á él, torció á la derecha, y á poco andar se encontró frente á la puerta falsa de la casita de Job.

Entonces sintió agotadas sus fuerzas, y cayó de rodillas; pero hizo un supremo esfuerzo y penetró en el jardín. En el medio se levantaba una masa negra:

era la casita. Sólo una de las ventanas estaba alumbrada. Parecía el ojo sangriento de un cíclope gigantesco, que se asomaba á ver una catástrofe.

Teresa dió pronto con el cenador, y se dejó caer en su rústico asiento. En ese momento, había perdido todas las fuerzas del cuerpo y todas las fuerzas del alma.

A poco, la despertó de su letargo dulcísima voz de mujer que cantaba al piano el "Ave María" de Gounod: á ella le pareció la romanza de amor de "Fausto." Y es que el autor ha tomado la misma melodía para el canto de amor y para el canto del cielo, porque sabe que amor y cielo es una misma cosa.

Levantóse Teresa poco á poco, y vió en un encantador saloncito, á la misma mujer que acompañaba á Job en el bosque.

Teresa se volvió espantada, al oir á su lado un ruído extraño y cadencioso: era su propio corazón que palpitaba pausado como lejano toque de difuntos.

Acabó la música, y la mujer se reclinó en la ventana asomándose al jardín. Teresa se sintió desfallecer, y se apoyó en la mesa del cenador: su mano tropezó con un cuerpo extraño. Cosa rara: era un puñal. Le tomó sin saber lo que hacía.

En el mismo instante se oyó rechinar la reja de la calle: era Job que volvía. La mujer de la ventana se separó violentamente para salir á su encuentro. Teresa observó el movimiento, y oprimiendo convulsivamente el puñal, se lanzó frenética fuera del cenador. La esposa de Job estaba ya en el peristilo de la casita; éste pasaba frente al cenador; y Teresa, ciega de celos, le hundió el puñal en el corazón.

Job cayó muerto: Teresa sin sentido. Pidió auxilio á gritos la condesa. El conserje había desaparecido. Nadie volvió á saber más del gran Felipe.

La condesa partió para su país, llevándose el cadáver de su marido, al cual dió rica sepultura en el cementerio del castillo de sus antepasados. La acompañaba Madisson como antiguo amigo de su esposo.

Instruyósele á Teresa la correspondiente causa criminal: ella se negó obstinadamente á declarar; pero su defensor demostró hábilmente que había matado á Palákis por defender su honor; que éste le había puesto una celada para llevarla al jardín; y aducía como prueba concluyente, que sobre Teresa se encontraba la llave de la puerta falsa. La carta había desaparecido. Hizo mérito del amor

del conde y de los continuos desdenes de la reo; y por supuesto, salió á relucir en todo esto como testigo nuestro crítico.

El proceso duró más de un año; pero al fin Teresa fué absuelta: la matadora era ya para el mundo una víctima del honor.

—¿No decía yo que Teresa era una virtud? gritaba á la siguiente mañana el critiquillo en la redacción del "Fígaro," en donde á causa del proceso, y por las noticias particulares que tenía, le había acogido Villemessant, dándole la sección de chismes, y prohibiéndole entrometerse en la crítica teatral. No hay duda de que Villemessant fué el más sabio de los dueños de periódicos.

—Me tienen miedo, se decía el ya excrítico para consolarse.

Un mes después, el castillo de Palákis lucía como una ascua: todo estaba profusamente iluminado; sólo estaba obscuro el cementerio. En éste había una tumba moderna, y sobre ella el busto de mármol de Job.

Llegó por el camino de Atenas, y como á la media noche, una mujer á pie, y que con dificultad podía andar apoyada en un báculo. Pidió permiso á uno de los criados para entrar en el cementerio; y como lo pidió poniéndole en la mano

una moneda de oro, se lo concedió sin más averiguar.

En el castillo se celebraban las bodas de la viuda de Job, que contraía segundas nupcias con Madisson.

Teresa había encontrado al fin la tumba de su amante. Al reflejo de las luces de la fiesta, había podido ver su busto. Se abrazó á él: imprimió en los labios de mármol sus labios más fríos aún, y cayó pesadamente sobre la tumba, lanzando el último suspiro.

1879.

TOVAR.

A propósito de la reimpresión del artículo sobre Acosta hecha en mis Apuntes Viejos de Bibliografía Mexicana, mi sabio amigo el P. Aquiles Gerste me envió de Roma la siguiente

NOTA SOBRE LOS PP. JOSE ACOSTA Y JUAN DE TOVAR.

"El descubrimiento (del Códice Ramírez) resuelve la cuestión debatida sobre el plagio del P. José Acosta:" así juzgó el Sr. D. José Fernando Ramírez (citado en la pág. 21 de los "Apuntes"); y no juzgó mal, ateniéndose á los documentos que él entonces podía alcanzar. Si hubiera estudiado los que más tarde vinieron á luz, creo que se hubiera desdicho.

Excusado es entrar aquí en menudas